

Aún en cuarentena por el COVID-19, no paramos.

Soy **Saraí Ochoa**, salvadoreña, trabajo en **Paz y Desarrollo** desde hace 15 años en tres países de Centroamérica: **El Salvador, Guatemala y Nicaragua**.

En los últimos meses hemos intensificado el trabajo en Guatemala y El Salvador, al ser la representante legal en ambos países, me significa estar de viaje con frecuencia, a veces, hasta dos veces por semana, actualmente desarrollamos proyectos en Quetzaltenango, Huehuetenango, Escuintla y Chiquimula; parte del trabajo que hacemos, es hacer seguimiento a estas intervenciones y claro, la planificación y formulación de nuevos proyectos es algo que nos exige mucha presencia en los territorios de ambos países, sin dejar de lado la gestión administrativa de la organización, que es sumamente demandante.

Mi hija que ahora tiene 10 años se quedó en casa desde los cinco meses de edad y sabe que así es mi trabajo, mi hijo de 3 años lo ha “comprendido” y sabe que así es mi trabajo, mi familia me ha conocido haciendo esto y las semanas que estoy en El Salvador me encargo de cuidarles y atenderles lo más que puedo: colegio, tareas, juegos, parque, etc., Mi esposo trabaja también en cooperación y hemos vivido así toda nuestra vida de casados.

El 10 de marzo salí para ciudad de Guatemala a presentar unos documentos a migración de ese país porque se está gestionando algunos trámites allí y por fin tenía toda la documentación que nos pedían. Salí sin problemas, pero el 11 de marzo se cerró la posibilidad de llegar al país e irme directamente a mi casa en El Salvador, toda persona que entrara al país debía irse a una cuarentena de 30 días porque el COVID-19 estaba asechando a Centroamérica y El Salvador ha sido de los primeros países en la región en tomar medidas drásticas para minimizar el impacto de la enfermedad en un país donde el sistema de salud es muy precario.

Se tomaron las medidas esa misma noche y todas las personas que llegaban a cualquier frontera y aeropuerto eran escoltadas por policías, militares y personal médico hacia un albergue que se construyó hace varios años en Jiquilisco en el departamento de Usulután al oriente de El Salvador, donde no se contaba con las condiciones adecuadas para atender a estas personas y prevenir que hubiera un contagio masivo. El presidente Nayib Bukele aceptó que se cometió un error y se han ido mejorando paulatinamente las condiciones de estadía, alimentación y atención médica.



Finalmente me decidí regresar a mi país, porque igual entrara ese día o en junio me pondrían en la cuarentena, pero sabía que llegaría y que las condiciones serían diferentes a las iniciales. El 17 de marzo mi compañera de luchas y amiga, Fátima Pérez junto a Juan Luis Vásquez de ASEDE, uno de nuestros socios estratégicos en Guatemala, me dejaron en la frontera de “Las Chinamas”, cruce el puente cargando mi poco equipaje y mi computadora, la que me acompaña a todos lados y me presente a las autoridades donde firme que “aceptaba” la cuarentena obligatoria en un recinto de contención por 30 días. No me harán la prueba, solo esperaré a que en este tiempo no se presenten los síntomas ni me contagie.

Trabajando desde mi cuarentena porque aún en cuarentena por el COVID-19, no paramos, para generar cambios en la vida de quienes lo necesitan, que nuestro país, la región centroamericana y el mundo salgamos de esta crisis y seamos resilientes como hemos tenido que serlo toda nuestra historia, Mi hija y mi hijo están resguardados con su papá y yo paso deseando que los días corran rápido y regresar con mi familia.

Dejé sola a Fátima, su familia está en El Salvador y no podrá verla en varios meses, Se que muchas personas están en situaciones más difíciles, pero hoy he querido contarles cómo se vive esta situación para quienes trabajamos en cooperación internacional.

